

LA Concesión americana de Shameen comienza á bañarse en los primeros rayos del sol amarillo del Kwantung. Los dos grandes puentes que unen las Concesiones europeas al mundo asiático acaban de abrirse con ruidos de herraje como en los castillos medievales. El tañido del *gong* extraño, soñoliento, llama al desayuno.

Salimos á la terraza. El río Perla, el Chukiang maravilloso está ya poblado de *sampanes*. Las velas parecen pinceladas de ocre. Recuerdan las góndolas de Lido, pero más brillantes, aeromadas, innumerables. El río de aguas verdes, caudaloso, solemne, brilla como jade bruñido, y un viejo carguero inglés que acaba de fondear, con el minio al descubierto, sonando estrepitosamente la sirena, hierde discorde los ojos y el oído, con dos horribles notas occidentales. Los cuervos, los eternos cuervos de los puertos del Extremo Oriente, graznan sobre los laberínticos canales del *Bund*.

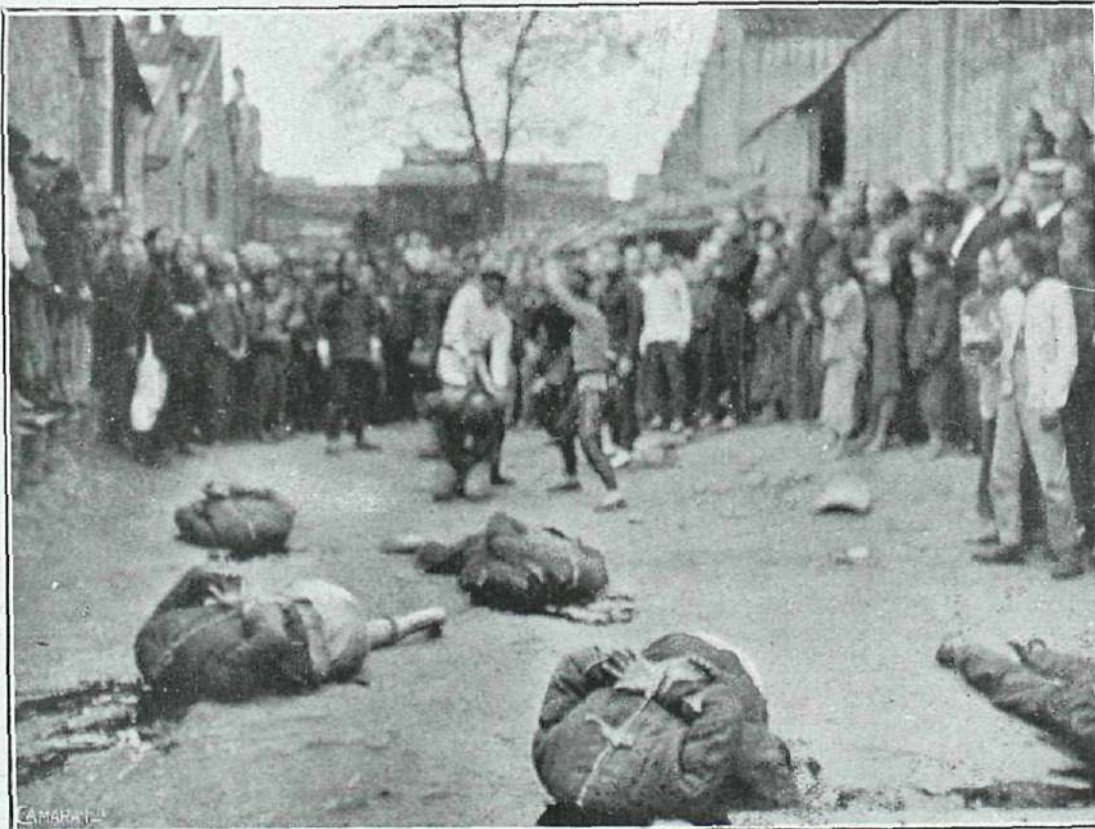
Río arriba, en el fondo, el pico Tai-mo-shan alza su cono violeta lejano y misterioso. De allá, como del corazón de China, baja un aire frío y sutil que en su viaje hacia el mar agita desde la madrugada las campanitas pendientes en los aleros de las pagodas milenarias del Kwantung.

Nos volvemos hacia Cantón. La inmensa colmena china se despierta. Del *Bund* viene rumor de abejas. El sol dora los *yameas* suntuosos, y la Pagoda de Honam, airosa y fina, escala el límpido cielo. Estamos, pues, por primera vez en China, la auténtica, después de soñarla desde el lindo *Pick* de Hongkong.

—¡Conviene aprovechar el tiempo!—nos dice nuestro compañero de viaje, un periodista norteamericano, de Manila. El guía espera. Una taza de café y en marcha.

Nos acomodamos en las *chairs* ó sillas gestatorias, llevadas por cuatro *coolies* cada una, y el guía se instala á la cabeza en un elegante palanquín. Nos sorprende ese privilegio, pero hay que someterse. En Cantón los guías, como capitanes de expedición, tienen su fuero y responsabilidad. No hace muchos años que era peligroso aventurarse solo por la laberíntica «Ciudad de los Ramos».

Partimos por un puente sobre el canal que aísla á las Concesiones, y los *coolies* emprenden un



Ejecución de piratas chinos del Chukiang, en Cantón, el año 1912

trotecillo cadencioso. Al poco rato nos sumimos en Cantón.

Después todo el programa del turista: los *yamens*, el «Templo de los 500 Genios», entre los cuales se sienta grave y barbudo el italiano Marco Polo, la pagoda de Budha, el «Templo de los Horrores», los talleres del marfil, el Yamen Tártaro, la «Clepsidra», y por último el barrio antiguo, la ciudad tártara, separada por una muralla cuatro veces milenaria. Al pie de aquella vemos doce reos de muerte con la cabeza aprisionada en grandes cepos de madera. Son bandoleros, piratas de Tashan en el West River, saltadores de barcos y *sampanes*, dignos descendientes de Limahong. Al mediodía han de ajusticiarlos.

—¡No faltaremos!—grita mi compañero encantado. Entramos en la ciudad tártara. Apenas se ve la luz del sol entre las estrechas callejas nauseabundas. Estamos en el corazón de la colmena. ¡*Fai-tik! ¡Fai-tik!*—grita el guía apartando el enjambre, inquieto, resbaladizo, pegajoso, repugnante. Nos sentimos separados del mundo, desamparados, perdidos en un légamo humano asfixiante, siniestro. Las callejas, los barrios, se multiplican; por fin otro claro, una plaza con un *yamen* ó palacio suntuoso. De un rico palanquín se apea un manda-

doce. La plaza se llena de sangre. Los chiquillos van y vienen estorbando la escena. Y todo sin un grito, sin una voz, sin un gesto ni de los reos ni de los espectadores, con el más espantable estoicismo que pueda imaginarse la fantasía occidental. Nuestro buen americano dispara nerviosamente sin cesar su Kodak, todo trémulo, estropeando películas.

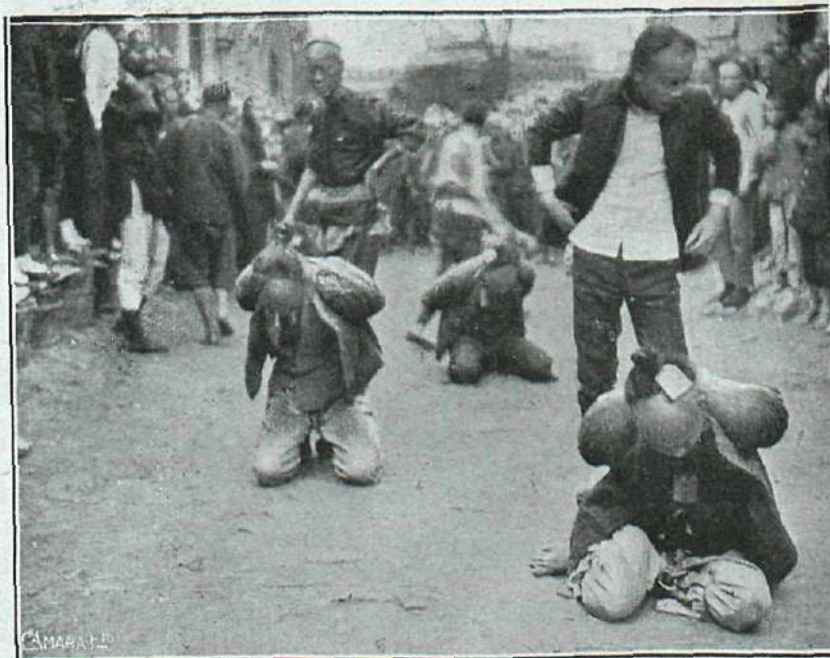
Todo ha terminado en diez minutos. —¡*Fai-tik! ¡Fai-tik!* ¡A Shameen!—gritamos con el estómago revuelto.

Y media hora después descansamos en el *verandah* del Hotel Victoria, á orillas del Río Perla, bajo el sol espléndido de China, fumando cigarrillos filipinos y olvidados de todo como se olvida una pesadilla de siesta enervante en el trópico. Pero esta es, lector, la China pintoresca y espectacular que yo vi hace diez años. En tan corto espacio de tiempo la «joven China» ha dado un salto gigantesco. La China interesantísima de hoy, la China inquietante que llena el porvenir, la que han transformado los «Kono-ming Tang», el genio de Sun Yat-sen y sobre todo las universidades de Norteamérica, esa no cabe ya en el marco de una estampa de Cantón.

LORENZO BELLO



Ejecución de piratas del Chukiang, en Cantón



El trágico momento de la ejecución